

Agustín Sánchez Vidal

Una revisión de Miguel Hernández

Agustín Sánchez Vidal, editor e investigador de la obra de Miguel Hernández, impartió en la Fundación Juan March, entre el 17 y el 26 de noviembre, un curso que llevaba por título «Una revisión de Miguel Hernández»: «De las cabras a la teología (1910-1933)», día 17; «La palabra vestida de luces (1934-1935)», día 19; «Rayo vallecano y Viento del pueblo (1936-1937)», día 24; y «Cárceles y ausencias (1939-1942)», día 26. Se ofrece a continuación un resumen de las conferencias.

Miguel Hernández es uno de nuestros escasos grandes poetas de origen auténticamente popular, por no decir el único. Ello le obligó a recorrer un largo camino para hacerse con una voz culta y personal en una de las etapas más complejas de la historia del arte, la de las vanguardias. Lo hizo, además, en muy dramáticas circunstancias: entre 1933 y 1936, debatiéndose en la mayor penuria; de 1936 a 1939, con urgentes responsabilidades en la guerra civil; y de 1939 a 1942, en una docena de cárceles y enfermo.

Debido a ello, el recorrido por las circunstancias en que fue surgiendo su obra es capital para entender los versos que siguen, que unas veces son ingenuos y pedestres, en ocasiones herméticos, otras católicos, más allá comunistas y, muy a menudo, poesía, a secas.

Las cuatro etapas en las que he trazado este itinerario no es una división habitual. Hasta no hace mucho, no solía considerarse seriamente a Hernández hasta 1936 (*El rayo que no cesa*), considerando que el epicentro de su obra era *Viento del pueblo*, un libro de 1937. Aquí esos años no son sino la tercera etapa, la culminación de una actividad anterior a la que hay que tomar muy en serio, confiriéndole entidad propia. Esta división es el resultado de muchos años de investigación sobre su figura y obra, y de bregar con los tres tópicos que más le perjudican: el de poeta-pastor, el de poeta del pueblo y el del poeta del sacrificio.

Miguel Hernández nace en la locali-

dad alicantina de Orihuela el 30 de octubre de 1910. La madre, Concepción Gilabert, era de frágil salud, y Hernández sentiría por ella una temura nada disimulada. Durante la infancia, ella actuará de mediadora, evitando a Miguel muchos de los golpes que le propinaba el padre de éste, hombre duro, tozudo y conservador que nunca entendió la vocación de su hijo.

La familia Hernández era pobre, pero no hasta el extremo de pasar hambre, por lo que conviene desdramatizar la imagen de un Miguel Hernández excesivamente ayuno de recursos naturales y culturales.

Si ése era el marco familiar, no hay que descuidar el ambiente de Orihuela, de un conservadurismo que le resultaría agobiante y le costaría la vida. En 1925 su padre lo sacó de la escuela y lo puso a cuidar el rebaño. Aunque ya tuviera inclinaciones literarias, es más que probable que sus versos nazcan en una primera instancia de ese trance. Por eso no debe extrañar que oscilen entre el apunte local y costumbrista y la estilización e idealización más desaforada.

Miguel comenzó a escribir de forma regular hacia 1925. Dos hitos marcarán pronto su crecimiento como poeta y la actualización de su escritura: la amistad con su «compañero del alma», Ramón Sijé, a partir de 1929 y el primer viaje a Madrid el 30 de noviembre de 1931. Ramón Sijé, seudónimo de José Martín Gutiérrez, a pesar de ser tres años menor que



AGUSTIN SANCHEZ VIDAL es catedrático de Historia del Cine y otros Medios Audiovisuales en la Universidad de Zaragoza, en donde ha ejercido la docencia en el campo de la literatura y en la que se doctoró en 1974 con una tesis sobre Miguel Hernández. Entre sus trabajos relacionados con el poeta pueden destacarse *Miguel Hernández, en la encrucijada* y *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*. Ha anotado y preparado ediciones de obras de Hernández, como *Perito en lunas/El rayo que no cesa, Poesías completas, Epistolario* y *El torero más valiente. La tragedia de Calisto y otras prosas*, así como, en colaboración con José Carlos Rovira, la *Obra completa*, en dos volúmenes.

Miguel, alcanzó considerable ascendente sobre él, debido a su precocidad intelectual.

Cuando emprende su primer viaje a Madrid, Miguel ya estaba a las puertas de dar un giro considerable a su poesía, y la prolongada estancia en la capital no hizo sino consolidar esta tendencia. Así que el 30 de noviembre de 1931 ordena sus poemas de adolescencia en un cuadernillo, consiguiera algún dinero de sus amigos, se

hace con un traje y toma el tren que le conducirá a Madrid.

Regresará a Orihuela en mayo de 1932, desalentado y sin haber conseguido nada concreto. Sin embargo, en cuanto a su formación, esos meses pasados en Madrid, cuando la ciudad era un hervidero cultural, le van a ser de gran utilidad. El choque con la actualidad le hace ver lo desfasado de su poesía y la necesidad de ponerse al día sin pérdida de tiempo.

Con esta primera escapada se cierra todo un capítulo de su vida y obra. A partir de ella su poesía se pone mucho más al día, se acerca a los logros de las generaciones vanguardistas y comienza a recorrer una trayectoria que, a poco de emprendida, permite ya adivinar la poderosa voz del Miguel Hernández de todos conocido, que cuaja en su primer libro, *Perito en lunas*.

A mediados de mayo, tan pronto como se asienta en Orihuela, comienza a urdir los versos de *Perito en lunas*, libro que tiene ya muy avanzado en el verano de 1932, aunque no aparezca hasta enero de 1933. Todo el libro está transido de una ambición literaria, densidad metafórica y tensión de lenguaje que antes no existía en sus versos.

En realidad, *Perito en lunas* no es sólo un libro, sino toda una época de la obra hernandiana, e incluso toda una poética, que abarca una zona preparatoria y otra de disolución, lentamente extinta hasta perder el hermetismo y la densidad en la dicción a favor de la imaginería más explícita que caracteriza su etapa religiosa. Sin embargo, cuando el libro ve la luz el 20 de enero de 1933, pasa prácticamente inadvertido. Miguel sufrió una fuerte decepción ante la indiferencia con que fue acogido.

La palabra vestida de luces

En octubre de 1934, Miguel reemprende su ya habitual ofensiva para trasladarse a Madrid. Sus esfuerzos se

centran ahora en el teatro y Bergamín, tras la buena acogida que ha conocido su auto sacramental en las ediciones de *Cruz y Raya*. Aprovechando un «tema de palpitante actualidad», la muerte del diestro Ignacio Sánchez Mejías, compone la «tragedia española» *El torero más valiente*.

El torero más valiente sigue siendo una obra poco conocida, por no haberse publicado íntegra hasta 1986, lo que la ha dejado fuera de los principales estudios hernandianos. Como resultado del contacto con la tertulia de *Cruz y Raya* durante su segundo viaje a Madrid, en marzo de 1934, acusa ya un talante intelectual matizadamente distinto del que rodeaba a *El Gallo Crisis*. Cuando escribe esta pieza dramática, entre agosto y octubre de 1934, ya no es sólo Sijé quien gravita sobre él, sino que se le han añadido o le han sustituido José Bergamín y Ramón Gómez de la Serna. Y bien que se nota.

Como casi siempre en su teatro, sucede con *El torero más valiente* que Hernández es mejor en lo poético que en lo dramático. En cierto modo, el aspecto más importante es su función catalizadora de buena parte de las tendencias de transición que se entrecruzan en la matriz poética hernandiana en su época de mayor flujo y hervor.

En otras palabras, junto al segundo *Silbo vulnerado*, su «tragedia española» es el banco de pruebas en cuyo ejercicio Miguel muda la pluma tras salir de la etapa hermética de *Perito en lunas* y de la religiosa del primer *Silbo* o el auto sacramental, antes de entrar en la primera madurez de *El rayo que no cesa* y *El labrador de más aire*.

En 1935 podría afirmarse que Miguel Hernández encontró el lugar que le correspondía como poeta y ser humano; es decir, la tesitura que mejor convenía a su voz. Su procedencia de una clase social baja es lo que le llevaría a la larga a tomar conciencia de los desajustes que observaba a su alrededor. Esto determinó su toma de postura política más que cualquier ideología.

Una toma de partida que, conviene decirlo, no por instintiva fue menos clara y consciente. Era una tendencia innata en él que ya le había inducido desde muy pronto a una fuerte vivencia de lo cotidiano que le llevará a exaltar los objetos más vulgares en una veta de su poesía que en ocasiones se complementó con el ideario de Sijé, pero que, llevada a sus últimas consecuencias, terminó por chocar con él.

Miguel barruntaba oscuramente su futuro ideario, pero el peso del ambiente oriolano le mantenía en una dubitativa posición. Por eso supo reaccionar con tan extraordinaria rapidez asimiladora cuando se encontró con quienes tenían ya estas intuiciones perfectamente claras y organizadas en coherente corpus doctrinal o artístico.

Ello explica la —a primera vista súbita— «conversión» hernandiana, que fue más paulatina de lo que suele postularse a menudo (al saltarse los eslabones de Bergamín, Cossío, Gómez de la Serna y la Escuela de Vallecas, haciéndole pasar bruscamente de Sijé a Neruda).

Viento del pueblo

La poesía escrita durante la guerra civil por Miguel Hernández representó por mucho tiempo el paradigma de su obra, y, en particular, *Viento del pueblo*. Ello fue especialmente cierto durante el franquismo y otros trances de resistencialismo cultural. Versos del oriolano llegaron a utilizarse no sólo como consignas musicadas internas, sino exportadas en guerrillas hispanoamericanas.

Tal uso no desvirtuaba necesariamente su contenido, que a menudo se armonizaba con la calidad. Sin embargo, y al igual que sucedía con su etapa católica, el poeta, como tal, consiguió ir más allá y más hondo que las meras consignas rimadas. No quiere decir esto que deban igualarse

ambas etapas: el comunista es posterior al católico, y marcar las distancias en ese itinerario e impedir que le retrotrajeran al auto sacramental le llegó a costar a Miguel la vida.

Se trata de constatar que le alcanzaron los privilegios que no son raros en un escritor de raza, y es que el compromiso con la propia obra llegó a estar equilibrado con sus propósitos doctrinales e incluso a sobrepasarlos ampliamente.

Por ello merece la pena hacer un desglose en su producción bélica que —en cierto modo, aunque sólo en cierto modo— representan sus dos poemarios escritos durante la guerra,

Viento del pueblo (1937) y *El hombre acecha* (1939), tan elocuentes desde el título en sus diferencias de registro. Diferencias aplicables, en realidad, a buena parte de lo que produce entre julio de 1936 y abril de 1939, por no hablar de su libro póstumo, *Cancionero y romancero de ausencias*.

Ahí pueden sorprenderse, al menos, tres actitudes: 1) la puramente militante, que no logra entroncar con su cosmovisión y talento íntimo, y se despeña a menudo en la retórica; 2) la que logra equilibrar ambos aspectos, con cimas como la «Canción del espeso soldado», en la que reverbera lo individual y lo colectivo, la voz personal y el idioma heredado; y 3) el cansancio ante la matanza y la derrota, que le conduce al final repliegue hacia lo más primordial.

La evolución de la obra bélica de Hernández, desde *Viento del pueblo* hasta *El hombre acecha* y, sobre todo, el *Cancionero y romancero de ausencias*, requiere el conocimiento de su recorrido vital en esos años de guerra. Pero también de un conocimiento íntimo de cómo se produce la escritura hernandiana, que reviste casi siempre una complejidad notable.

Habría que decir, en primer lugar, que las labores de propaganda no fueron necesariamente negativas en su poesía. No la malograron cuando logró conectar esos deberes y urgencias con sus creencias íntimas y su cosmovisión.

Es más, esa necesidad de una dicción directa y eficaz le permitió avanzar en un camino de depuración que su verso necesitaba, primando la eficacia comunicativa y eliminando la ganga barroca y metafórica a que tan dado era, esa «funda que le ponía a las palabras», según la aguda observación de Juan Ramón Jiménez. Fue un paso decisivo hacia la recuperación de la autonomía del vocablo, perdida en el fragor de la lucha que libró la generación vanguardista llamada del 27 por trasladar el centro de gravedad de la palabra a la metáfora.

Fundación Juan March

CURSOS UNIVERSITARIOS 1992-1993

*UNA REVISIÓN
DE MIGUEL HERNÁNDEZ*
Agustín Sánchez Vidal



NOVIEMBRE, 1992

Martes, 17

DE LAS GABRAS A LA TEOLOGÍA (1910-1935)

Jueves, 19

LA PALABRA VESTIDA DE LUZES (1934-1935)

Martes, 24

RIDOVALLECANO Y VIENTO DEL PUEBLO (1936-1937)

Jueves, 26

CARCELES Y AUSENCIAS (1939-1942)


Todos los conferencias tendrán lugar a las 18.30 horas en el Salón de Actos de la Fundación Juan March, Casado, 77, 28004 Madrid. Entrada libre.

El mismo Juan Ramón Jiménez captaría el rasgo diferencial que haría brillar a Miguel Hernández con luz propia en la guerra civil: su honda autenticidad. Y conviene hacer esa matización porque no fue infrecuente el caso de quienes —poniéndose incluso sinceramente de parte de la causa proletaria— creyeron que debían rebajar la calidad para que se les entendiese, por no tener claro lo que era lo popular, registro que identificaban con lo simple y elemental.

En el prólogo de *Viento del pueblo* Miguel expresa su propósito de conducir los ojos y sentimientos del pueblo hacia las cumbres más hermosas. Hernández trata de hacer convivir dos conceptos que algunos considerarían opuestos: el pueblo y las cumbres hermosas.

Si en *Viento del pueblo* predomina la faceta optimista, entusiasta, combativa y llena de esperanza en la victoria del conflicto, *El hombre acecha* es el envés de esa visión con su desalentador balance tras el que se vislumbra la derrota: el odio, las cárceles y los heridos. A ello hay que añadir la muerte de su primer hijo, el 19 de octubre de 1938, a los diez meses de edad. De ahí surge el vasto episodio elegíaco del *Cancionero y romancero de ausencias* y, en general, todo ese repliegue intimista ya consumado en las cárceles.

Cárceles y ausencias

El último gran esfuerzo hernandiano de integración de sus versos en un conjunto orgánico es el *Cancionero y romancero de ausencias*, libro póstumo redactado entre octubre de 1938 (que es cuando muere su hijo, dando arranque a la obra) y el 17 de septiembre de 1939, fecha en que Hernández es puesto en libertad y, al visitar a su esposa en Cox, le entrega un cuadernillo que se cierra con las «Nanas de la cebolla», que le había enviado desde la cárcel de Torrijos el

día 12 de ese mes. Dada la agitada vida que lleva entre diciembre de 1938 y mayo de 1939, cabe suponer que la mayor parte está redactado en Torrijos, entre mayo y septiembre de 1939.

A estas alturas, la gesticulación literaria se ha reducido al mínimo. Aunque su gran elaboración convierte los poemas en transparentes y aparentemente elementales, un análisis más detenido revela a un poeta en pleno dominio de la forma, con paralelismos y correlaciones que cinchan sutil y musicalmente las composiciones en la línea de la poesía popular.

Se logra así una aparente espontaneidad y sencillez, que no es sino la culminación de una trayectoria densa, casi fulgurante, que en poco más de seis años, en las más dramáticas circunstancias, le ha transportado desde el epigonismo hasta una voz irrepetible. Se trata de un original y personalísimo neopopularismo, que suena a acervo popular, genuino y transparente a golpe de depuración.

Frente a las piezas breves, intensas y monódicas que caracterizan al *Cancionero*, el prodigioso tríptico «Hijo de la luz y de la sombra» culmina, a manera de amplio despliegue polifónico, la más acabada y cernida formulación de la cosmovisión hernandiana, en que el hombre y la mujer se ven empujados el uno hacia el otro porque en su tuétano vital actúan las fuerzas siderales, las mismas que gobiernan los ciclos de la fecundidad, la muerte y la vida.

Se ha llegado a ese amor que mueve las estrellas hermanando al hombre no sólo con Orihuela (los apuntes locales de *Perito en lunas*), con España (*Viento del pueblo*) o con la tierra, sino con la plenitud del cosmos. Estamos ante una cosmovisión, en toda su poderosa envergadura y alcance. Y que fue la verdadera fe —casi el viático— que sostuvo a Miguel Hernández en el calvario de cárceles que le esperaba, hasta su muerte el 28 de marzo de 1942. □